

MÓDULOS DE VIDEOCONFERENCIAS

# *Teología Sistemática*

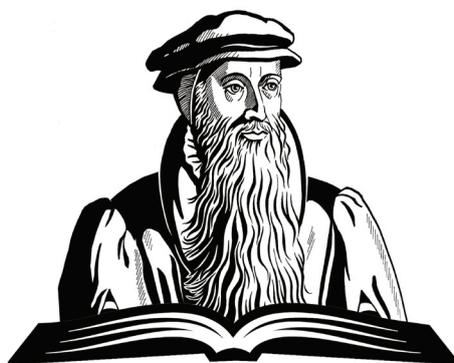
*Rev. Robert McCurley (ThM)*  
*Módulo 1: Prolegómenos*

---

## Lección #10

# La continuidad de las Escrituras

---



**The John Knox Institute**  
of Higher Education

*Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo*

## **Instituto de Educación Superior «John Knox»**

*Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo*

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con ánimo de lucro, a excepción de citas breves con el solo propósito de revisar, comentar o investigar, sin el permiso por escrito del editor, el Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son de la Santa Biblia, RV-SBT, copyright © 2023 por la Sociedad Bíblica Trinitaria.

Las traducciones de los documentos confesionales históricos, tales como, la Confesión de Fe de Westminster, el Catecismo Menor de Westminster y el Catecismo Mayor de Westminster fueron usados con el permiso de la Editorial de la Academia de Teología Reformada © 2024.

Visita nuestro sitio web: [www.johnknoxinstitute.org](http://www.johnknoxinstitute.org)

El Rev. Robert McCurley es ministro del evangelio de la Greenville Presbyterian Church [Iglesia Presbiteriana de Greenville], en Taylors, Carolina del Sur; una congregación de la Free Church of Scotland (Continuing) [Iglesia Libre de Escocia (Continuada)], del presbiterio de los Estados Unidos de América.

[www.greenvillepresbyterian.com](http://www.greenvillepresbyterian.com)

The image shows the cover of a book titled 'Teología Sistemática'. The background is a photograph of classical stone columns. The title is written in a large, white, serif font with a slight shadow effect. Below the title, the subtitle 'Módulo 1: Prolegómenos' and the author's name 'por el Rev. Robert McCurley' are written in a smaller, white, serif font.

# *Teología Sistemática*

Módulo 1: Prolegómenos  
*por el Rev. Robert McCurley*

## INTRODUCCIÓN:

1. Metodología
2. Credos y confesiones

## PRIMEROS PRINCIPIOS:

3. La naturaleza del conocimiento teológico
4. La revelación general y especial
5. La inspiración de las Escrituras
6. Los atributos de las Escrituras
7. El canon de las Escrituras
8. La preservación y traducción de las Escrituras
9. La interpretación de las Escrituras
10. La continuidad de las Escrituras



*TS 1: Prolegómenos*  
*por el Rev. Robert McCurley*

Lección #10

*La continuidad  
de las Escrituras*

**I**magina viajar a un hermoso lugar, tal vez a algún lugar paradisíaco a las orillas del mar, o, tal vez, a la cumbre de los montes donde se disfruta de unas vistas fabulosas. ¿Qué pasaría si, al llegar a ese lugar, te dijeran que sólo puedes ver este panorama por un orificio muy pequeño? Te llevarías una gran decepción, ¿verdad?

¿Por qué? Porque eso reduciría tu campo de visión, y te impediría disfrutar de la vista completa. No serías capaz de ver o apreciar el paisaje completo, y ver cómo todas sus partes, juntas, realzan su belleza.

Lo mismo puede decirse de las Sagradas Escrituras. No podemos limitarnos solamente a una sección o una parte de la Palabra de Dios. Necesitamos toda la Biblia para tener toda la revelación de quién es Dios.

Desde Génesis hasta Apocalipsis, la Biblia nos muestra a un solo Dios, un solo camino de salvación, un solo pueblo de Dios, todo en una sola historia gloriosa sobre un único Salvador: el Señor Jesucristo.

La Biblia en su totalidad es la Escritura cristiana. No solo debemos sostener la doctrina de que solo la Escritura es el estándar autoritativo de Dios, sino también debemos afirmar que toda la Escritura constituye ese estándar.

Esta es la última lección de nuestro primer módulo de teología sistemática, donde hemos visto la doctrina de los primeros principios, prestando especial atención a la doctrina de las Sagradas Escrituras.

En las lecciones anteriores, cubrimos de manera general lo que la Biblia enseña sobre sí misma. En esta última lección, acabaremos nuestro módulo considerando la continuidad de las Escrituras; es decir, que la Biblia ofrece un solo mensaje consistente y unificado en un solo libro indivisible.

Al igual que en las lecciones anteriores, lo veremos desde una perspectiva escritural, doctrinal, polémica y práctica. En primer lugar, consideraremos la perspectiva escritural de la continuidad. Quisiera que vayamos a Lucas 24, al relato que se nos ofrece después de la resurrección de Cristo.

Allí, Cristo se encuentra con dos discípulos, en el camino a Emaús, y leemos, en el versículo 27, lo siguiente: «Y comenzando desde Moisés, y desde todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que decían acerca de él». Así que, Cristo abrió las Escrituras del Antiguo Testamento, al decir «Moisés y los profetas», y les mostró cómo toda la Escritura hablaba de él.

Las Escrituras apuntan a Cristo, hablan de Cristo. En otras palabras, el Antiguo Testamento es claramente *crístocéntrico*. Más adelante, en el mismo capítulo, Jesús se aparece a sus otros discípulos, y les hizo hincapié en lo mismo.

Leemos en los versículos 44 y 45: «Y él les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros, que era necesario que se cumplieran todas las cosas que están escritas de mí en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras».

Nótese, de nuevo, que Jesús dijo que el Antiguo Testamento, descrito aquí como «Moisés, los profetas y los salmos» habla sobre él, cuando dijo: «todas las cosas que están escritas de mí».

Después que Jesús se apartara de los dos discípulos que encontró en el camino a Emaús, leemos sobre el efecto que causó en ellos, en el versículo 32. Allí dice: «Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras?».

De manera similar, los otros discípulos respondieron con gran gozo, como puedes ver en el versículo 41. Cristo les abrió la Biblia, y abrió sus ojos espirituales, para que vieran y entendieran lo que las Escrituras del Antiguo Testamento revelaban sobre él. Y esto no solo añadió más información a sus mentes. Este conocimiento de Cristo avivó sus corazones, y les dio un gran celo de ir y decírselo a otros.

La Biblia comienza, por supuesto, con el Antiguo Testamento. Pero hoy algunos piensan que el Nuevo Testamento es todo lo que necesitan saber sobre Cristo y la salvación. Puede que ellos conozcan lo que dice el Antiguo Testamento, pero muchos no saben cómo este está lleno de Cristo y del evangelio.

Necesitamos toda la Escritura porque, sin el Antiguo Testamento, tendremos un conocimiento incompleto de Cristo. Después de todo, el Antiguo Testamento ocupa tres cuartas partes de la Biblia, y nadie puede sobrevivir sin tres cuartas partes de lo que Dios nos ha revelado.

El Antiguo Testamento también es necesario para entender el Nuevo Testamento, ya que el Nuevo Testamento no repite, y no puede repetir, todo lo que ya se ha dicho en el Antiguo. Entonces, un correcto entendimiento del Antiguo Testamento nos ayuda a evitar confusiones en el Nuevo.

El Antiguo Testamento era la Biblia que Cristo y los primeros cristianos leían, memorizaban y estudiaban, además de los libros del Nuevo Testamento que Dios añadió después, como vimos en una lección anterior. Por lo que, cuando Pablo le dice a Timoteo, en 2 Timoteo 3:15: «Y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús», se refería que fue por medio del Antiguo Testamento que Timoteo conoció a Cristo y la salvación.

Hay una continuidad que abarca y une a toda la Biblia. El conocimiento del Antiguo Testamento es esencial para entender el Nuevo Testamento, y el Nuevo presupone el Antiguo, y edifica sobre el mismo: sobre sus temas, su vocabulario, sus doctrinas, sus principios, sus eventos históricos, y demás. Así pues, al leer el Nuevo Testamento, a menudo se nos recuerda y se nos dirige al Antiguo Testamento.

De igual manera, también necesitamos el Nuevo Testamento para interpretar correctamente el Antiguo Testamento. Leemos el Antiguo Testamento a la luz de su cumplimiento en el Nuevo Testamento. Así que, aquí puedes ver,

desde una perspectiva bíblica, una introducción a este tema de la continuidad, que unifica a toda la Biblia.

En segundo lugar, necesitamos una perspectiva doctrinal de la continuidad de las Escrituras. Aquí expondremos algunas de las categorías y distinciones más detalladas que la Biblia nos da. Empezaremos, entonces, con la Confesión de Fe de Westminster, capítulo 1, párrafo 2.

Puede que recuerdes las siguientes palabras: «Bajo el nombre de Sagradas Escrituras, o la Palabra de Dios escrita, están ahora contenidos todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamentos...».

Si sigues leyendo la Confesión, descubrirás que, en el capítulo 7, habla sobre el pacto de gracia que fue revelado en las Escrituras. Este reconoce que, aunque hubo una administración diferente de ese pacto bajo el Antiguo y bajo el Nuevo Testamento, sin embargo, la sustancia del único pacto de gracia es la misma, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Por lo que, el capítulo 7, párrafo 5, declara: «Este pacto fue administrado de manera diferente en el tiempo de la ley y en el tiempo del evangelio». Y también deja claro, en el capítulo 7, párrafo 6, que «no hay, pues, dos pactos de gracia, diferentes en sustancia, sino uno y el mismo, bajo varias dispensaciones», o en diferentes periodos de tiempo.

Y esto nos lleva a considerar el carácter progresivo de la revelación de Dios. Conviene recordar el desarrollo progresivo de la revelación de Dios. Así, leemos en Hebreos 1, en los primeros dos versículos: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien asimismo hizo el universo».

Dios no nos dio el producto final de su revelación completa de un solo golpe. Él la reveló en periodos consecutivos a lo largo de la historia de la Biblia; empezando por Génesis, pasando por los evangelios, hasta llegar al Apocalipsis. Dios decidió redimir a su pueblo a través de una historia de redención, no en un solo acto.

Su historia de redención es el desarrollo gradual del plan de Dios para salvar a su pueblo en Cristo: empezando en Génesis, y, mediante una serie de

eventos históricos, llega al punto culminante de la revelación con la venida de Cristo, y la exposición del Nuevo Testamento sobre su persona y obra.

De manera que, la revelación de la redención de Dios se fue desplegando cronológicamente alcanzando una mayor claridad y plenitud conforme avanzaba el tiempo registrado en la Biblia.

Por lo tanto, debemos relacionar cualquier pasaje, o historia bíblica, con el mensaje global de las Escrituras. Debemos observar la conexión de todas las partes del Antiguo y Nuevo Testamentos con la persona y obra de Cristo, y con la vida cristiana.

Tercero, bajo esta perspectiva doctrinal, tenemos que reconocer que el propio Nuevo Testamento nos enseña que las Escrituras del Antiguo Testamento son Palabra de Dios, que nos hablan de Cristo y del evangelio.

Escucha el testimonio de Cristo sobre las Escrituras del Antiguo Testamento. En Juan 5:39, leemos: «Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí».

En el mismo pasaje, Jesús desafía a los fariseos, diciendo: «Porque si vosotros creyeris a Moisés, me creeréis a mí, porque de mí escribió él. Y si sus escritos no creéis, ¿cómo creeréis a mis palabras?». Esto lo vemos en los versículos 46 y 47. En fin, esto lo corrobora, ¿verdad?; es decir, lo que vimos antes en la introducción de esta lección, de Lucas 24.

Si amas a Cristo, amarás el Antiguo Testamento, porque el Antiguo Testamento no es solo una recopilación de relatos interesantes ni puede ser reducido a una mera lista de enseñanzas morales. Es un gran mensaje que proclama a Cristo y su salvación, lo cual demuestra la relevancia del Antiguo Testamento para los cristianos de hoy.

Por ejemplo, vemos cómo Pablo establece la conexión entre el Antiguo Testamento, Cristo y el creyente gentil del Nuevo Testamento. Él dice en Gálatas 3:29: «Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendencia de Abraham sois, y herederos conforme a la promesa».

Muchos ejemplos de este estilo abundan en el Nuevo Testamento. Entonces, podemos ver la continuidad con respecto a la enseñanza de Cristo también.

Cuarto, vemos la continuidad con respecto al pacto de gracia. Permíteme señalar dos puntos de continuidad, así como unos puntos legítimos de discontinuidad, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

La enseñanza de la Biblia sobre el pacto de gracia enfatiza, principalmente, la continuidad y la conexión entre el Antiguo y Nuevo Testamento. Vemos un solo pacto de gracia que va desde la primera promesa del evangelio, en Génesis 3:15, la cual se despliega y se desarrolla gradualmente.

Así llegamos hasta Noé, Abraham, Moisés, David, y, después, por último, por supuesto, al Nuevo Pacto. En todo este proceso, básicamente, Dios declara la misma promesa: «Yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo».

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento revelan al mismo Dios, el cual es inmutable; y, de hecho, no puede ser sino inmutable. Así que, intentar diferenciar entre el Dios del Antiguo Testamento y el Dios del Nuevo Testamento sería un error muy perjudicial, tal como enseñaban los herejes de antaño.

El Antiguo y el Nuevo Testamento revelan al mismo Salvador: el Antiguo Testamento apunta a Cristo, mediante diversos tipos, sombras y ceremonias; y el Nuevo Testamento revela su persona y obra en la plenitud de la gloria de su venida. Ambos testamentos presentan el mismo evangelio de la gracia.

Los creyentes gentiles contemporáneos son salvos por la fe en Cristo, tal como lo fue Abraham, y como fueron todos los creyentes del Antiguo Testamento redimidos también. Dios no tiene múltiples planes de salvación en toda la historia bíblica. Él desarrolla un solo gran plan para redimir a su pueblo después de la caída. Así que, el Antiguo Testamento está repleto de este mensaje evangélico en el pacto de la gracia.

No es sorprendente, entonces, que ambos testamentos también representen a un solo pueblo de Dios, una sola iglesia, bajo dos diferentes administraciones: una antigua y una nueva. En el Nuevo Testamento, la iglesia se expandió significativamente por la inclusión de los creyentes gentiles, tal como se prometió en todo el Antiguo Testamento.

Todos los puntos de continuidad que estamos destacando refuerzan el hecho de que toda la Biblia es la Escritura cristiana, y debemos estudiar y entender toda la revelación bíblica sobre Dios y su redención.

Pero, también vemos que existen claras diferencias en la administración del pacto de gracia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Y esto no debería sorprendernos, porque el Antiguo Testamento está prediciendo lo que vendrá, y el Nuevo Testamento está diciéndonos lo que ya se ha cumplido, lo que ya ha llegado.

Así que, hay puntos de discontinuidad. Entre las cosas que ya han sido quitadas están, por ejemplo, las ceremonias, las leyes, instituciones y regulaciones del Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento deja de lado, o abroga, el culto ceremonial de sacrificios, altares, sacerdotes, y demás, junto con los rituales de purificación y ceremonias sobre las prohibiciones de lo puro e impuro.

El significado de la tierra prometida es reemplazado por las realidades que esta simbolizaba. Todas esas cosas eran representaciones, eran señales, eran sombras temporales que estaban apuntando al Señor Jesucristo.

Pero, ahora, Cristo ha venido, y, como dice Pablo, no debemos volver a las sombras, porque ya estamos en la presencia de la Persona a la cual que todo eso prefiguraba. Hacerlo sería una afrenta a Cristo, y un socavamiento a su obra perfecta. Los sacrificios y todas las otras cosas han sido removidos.

Otra diferencia sería el lugar predominante que ocupa la extensión del reino. El Antiguo Testamento no excluía absolutamente a todos los gentiles: recuerda a Rahab, quién fue admitida, o Rut, o Urías el heteo, entre otros.

Pero, proporcionalmente, fueron menos los gentiles que se incorporaron al pacto y a la iglesia del Antiguo Testamento. Y ésta es la razón: El Antiguo Testamento era, principalmente, un modelo de «venid y ved». Dios puso a Canaán, en general, como la tierra prometida, y Jerusalén, en particular, como luz a las naciones. De modo que, los extranjeros se sentirían atraídos a venir y aprender sobre Jehová, y recibir su salvación.

Pero, el Nuevo Testamento da una comisión que es un modelo de «id y enseñad», no de «venid y ved». El evangelio se lleva a las naciones, empezando en Jerusalén, pasando por Judea, Samaria, y hasta lo último de la tierra.

Así pues, la misión se centra en la extensión del reino de Cristo universalmente, no localmente en Israel. Entre los que reciben estas promesas del pacto están incluidas gentes de toda tribu y lengua de todo el mundo. Las naciones gentiles serán discipuladas y añadidas a la heredad de Cristo.

Ahora bien, esta misión para el mundo gentil, por supuesto, fue predicha en todo el Antiguo Testamento, desde los primeros capítulos del Génesis en adelante. Pero, fíjate en que la iglesia del Nuevo Testamento, desde sus primeros inicios, hasta estos últimos siglos, ha sido compuesta mayoritariamente por gentiles.

Una última categoría de discontinuidad está relacionada con las bendiciones de mayor grado del Nuevo Testamento, que se derivan de la obra perfecta de Cristo. Se da una mayor medida de la llenura del Espíritu Santo en Pentecostés. Disfrutamos de una comunión más directa e inmediata con Dios, sin la intervención de sacerdotes terrenales. Tenemos una mayor seguridad, poder, santificación, y demás. Muchas otras cosas podrían mencionarse.

Así que, hay algunos puntos de discontinuidad. Pero no le resta nada, en absoluto, al énfasis predominante de la continuidad entre el Antiguo y Nuevo Testamentos, como ya hemos visto.

Quinto, otro punto sería la permanencia de la ley de Dios. La ley moral de Dios, que está resumida en los diez mandamientos, sigue vigente para todas las personas de todos los tiempos, como una revelación del carácter de Dios y su divina voluntad, y como estándar de lo bueno y lo malo.

Después de todo, Cristo es el Legislador. Y, en su ministerio terrenal, es el que guarda la ley. También es el que sufre la maldición de la ley, el castigo por el pecado. Es decir, la ley hace a Cristo más precioso a nuestros ojos. Él obedeció completa y perfectamente todos los preceptos de la ley por el creyente. El creyente está unido a él, el que hizo por nosotros lo que jamás podríamos haber hecho.

En el Nuevo Testamento, Jesús y Pablo enfrentan las distorsiones del mal uso de la ley moral, pero afirman y defienden el uso correcto de ella. Pablo, después de refutar el uso de la ley como medio de justificación, o como medio para ser aceptado en la presencia de Dios, dice en Romanos 3:31: «¿Luego por la fe invalidamos la ley? De ninguna manera; antes bien establecemos la ley».

Hay, entonces, una continuidad en las obligaciones de la ley moral de Dios. Y se ve reflejado en el amor del creyente por la ley de Dios, del Antiguo y Nuevo Testamentos. En el Antiguo Testamento, cantamos en el Salmo 119:97: «¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación». O en el

Salmo 1: «sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche».

Josué ejemplifica esto, en Josué 1:8: «Nunca se apartará de tu boca el libro de esta ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que cuides de hacer conforme a todo lo que en él está escrito, porque entonces harás prosperar tu camino y entonces todo te saldrá bien».

Si vas al Nuevo Testamento, hallarás las mismas referencias. En Romanos 7, por ejemplo, versículos 12, 14 y 22, dice: «De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, y justo, y bueno [...] Porque sabemos que la ley es espiritual [...] —y aún dice más— Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios».

Bien, este es el mismo lenguaje de David. Lo percibes al leer 1 Timoteo 1:8: «Pero sabemos que la ley es buena, si alguno hace uso de ella legítimamente». El apóstol Juan dice en 1 Juan 5:3: «Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos». No son una carga para nosotros. Son una delicia para los cristianos. Así que, hay continuidad respecto a las obligaciones morales vigentes de la ley de Dios.

Otro ejemplo de continuidad tiene que ver con los Salmos. Los Salmos, el libro de los Salmos, es el libro del Antiguo Testamento más citado en el Nuevo Testamento, con diferencia. Se hace referencia a ellos, en promedio, cada 19 versículos en el Nuevo Testamento. Así que, también ocupan un lugar central en el Nuevo Testamento. Solo esto ya exigiría familiarizarse más con los Salmos, los cuales tienen un lugar vital en toda la Escritura.

Dios ha provisto los Salmos como un manual permanente de alabanza. Los Salmos son el himnario inspirado por Dios para la iglesia de todos los tiempos. Puedes ver aquí la continuidad.

La Biblia enseña, inequívocamente, que la inspiración divina es una cualificación necesaria para escribir canciones de culto. Hay una conexión entre la profecía y la alabanza. Los escritores entendían que era necesario tener el don de profecía, y que ellos estaban escribiendo canciones inspiradas para el culto.

Un ejemplo es 2 Samuel 23:1-2, donde dice: «Y estas son las postreras palabras de David. Dijo David, hijo de Isaí, y dijo aquel varón que fue levantado en

alto, el ungido del Dios de Jacob, el dulce salmista de Israel: El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua».

Bueno, como ya sabes, el oficio de profeta hoy ha cesado, y la producción de canciones inspiradas ha cesado también. No hallamos ningún respaldo en las Escrituras para el uso de composiciones humanas no inspiradas, o canciones escritas sólo por hombres, en el canto de la alabanza a Dios en su culto público. Puedes ver, entonces, la continuidad aquí también, en el rol importante que tienen los Salmos en el Antiguo y Nuevo Testamento.

En tercer lugar, debemos considerar y responder algunas de las principales objeciones que socavan la continuidad de las Sagradas Escrituras. Así estaremos preparados para refutar estos errores. Primero, hay algunos que dividen abruptamente el Antiguo y el Nuevo Testamento, insistiendo en que el Antiguo ya no tiene relevancia para el Nuevo, salvo, tal vez, para ofrecer historias que ilustren sus verdades morales.

Pero, como ya vimos en esta lección, eso descartaría la mayor parte de la Biblia: tres cuartos de ella. Y, además, también descartaría la mayor parte de la Biblia en la que el Nuevo Testamento se apoya. Ellos estudiaron esas Escrituras, citaron esas Escrituras, conectaron esas Escrituras, y aplicaron esas Escrituras, hasta en las mismas páginas del Nuevo Testamento. Descartar el Antiguo Testamento sería empobrecernos espiritualmente.

No, Dios nos ha dado una Biblia completa. Él no nos ha dado solo el Nuevo Testamento, nos ha dado toda la Biblia; y, por eso, con humildad, mansedumbre, y fe recibimos todo lo que Dios nos ha dado.

Segundo, y relacionado con esto, algunos enseñan erróneamente que la ley moral, los diez mandamientos, ya han pasado con la llegada del Nuevo Testamento. Pero esto contradice lo que Jesús mismo enseña. Cristo deja claro que él no abrogó la ley moral.

En Mateo 5:17-19, Jesús dice: «No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo: Hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo suceda. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y enseñe así a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y enseñe, este será llamado grande en el reino de los cielos».

Pues bien, en Mateo 5, Jesús da una exposición de los diez mandamientos, y refuta la distorsión de los fariseos, su versión de la ley; pero, nótese que él no rebaja las demandas de la ley; de hecho, las refuerza, al mostrar que la intención original y correcta de la ley era aplicarse al corazón, no solo a las manos.

Esto implica nuestros pensamientos más profundos y motivaciones, no solo nuestras acciones externas. En las epístolas de Pablo, vimos que él también afirma lo mismo, como señalamos antes. Es incorrecto creer o enseñar que alguno de los diez mandamientos ha sido anulado con el Nuevo Testamento.

Tercero, también es incorrecto pensar que hay dos pueblos de Dios —el Israel del Antiguo Testamento y la iglesia del Nuevo Testamento— o una que está en la tierra y la otra, en el cielo. Si estudias las Escrituras cuidadosamente, notarás que los creyentes del Antiguo Testamento fueron salvos por la fe en Cristo, no por un medio o una forma diferente; y que, bajo el Antiguo Testamento, los gentiles fueron añadidos a la iglesia, como observamos antes.

El Nuevo Testamento está compuesto por judíos y gentiles. El evangelio es poder de Dios para salvación «al judío primeramente y también al griego». Así que, vemos esta gran afluencia en el Nuevo Testamento, y Pablo lo deja claro, por ejemplo, en Efesios 2, que «la pared intermedia de separación» entre judíos y gentiles ha sido derribada.

Y que ahora son «un solo pueblo» en Cristo, y solo por medio de la fe en el Señor Jesucristo; que el Señor está levantando un templo, donde él mismo habitará, y que cada creyente, judío y gentil, es añadido como una piedra en los muros de ese edificio en el que a Dios mismo le complace habitar.

Por eso, no nos sorprende cuando Esteban, en Hechos 7, hace referencia a la iglesia del Antiguo Testamento; él usa la palabra «congregación», la «congregación en el desierto» del Antiguo Testamento. Entonces, hay un solo pueblo de Dios, hay un solo Dios, un solo Cristo, un solo Salvador, un solo evangelio.

Y, por tanto, en el Antiguo Testamento, aunque la iglesia fue conformada principalmente por judíos, había un solo pueblo de Dios, que es el mismo pueblo de Dios en el Nuevo Testamento, ahora conformada principalmente por gentiles. Entonces, hay un solo pueblo de Dios.

También verás, por último, y muy brevemente, por ejemplo, la continuidad con respecto al cuarto mandamiento en particular. El cuarto mandamiento es sobre el día del sábado. Vemos que el sábado ha sido establecido antes de la caída, en Génesis 2; Dios apartó un día de siete, y «lo santificó»: lo puso aparte, lo hizo santo, un día que debe ser dedicado enteramente a él.

Y mientras sigues, de nuevo, el desarrollo de las Escrituras, te darás cuenta que al llegar a Moisés, hay una revelación más completa de todo lo que eso involucra. Cuando llegamos, entonces, a los diez mandamientos, recibimos una mayor claridad. Y, en la última parte del libro de Éxodo, y, en realidad, a lo largo de todo el Antiguo Testamento —Isaías 58:13, 14, entre otros— se nos habla de la observancia espiritual del sábado desde el corazón.

Al llegar al Nuevo Testamento, este mandamiento no ha sido depuesto. No, sino que ahora se suele llamar, bajo el Nuevo Testamento, el día del Señor, como leemos en Apocalipsis 1. El sábado cristiano o día del Señor. Hay un cambio del último día al primer día de la semana.

Pero, la obligación de guardar un día de cada siete para el Señor continúa, de cesar de nuestro trabajo y recreaciones diarias, y dedicarnos al culto público y privado para Dios; eso se mantiene. Así que, se sigue guardando ese día. La iglesia ahora se congrega en el primer día, como ves en Hechos y otros pasajes. Así que hay una continuidad que es importante que afirmemos.

En cuarto lugar, veremos la perspectiva práctica. Al considerar la continuidad de las Escrituras, podemos destacar algunas implicaciones a manera de aplicación. La primera es que debemos ver a Cristo en el Antiguo Testamento, como parte indispensable de toda la Biblia.

Pedro dice: «Acerca de esta salvación, los profetas que profetizaron de la gracia que había de venir a vosotros han inquirido y diligentemente buscado, escudriñando a quién y en qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano las aflicciones que habían de venir a Cristo y las glorias después de ellas», en 1 Pedro 1:10 y 11.

Pues, si los mismos profetas buscaban y escudriñaban diligentemente sus propias profecías para aprender sobre la salvación en Cristo, entonces, ¿cuánto más no deberíamos escudriñar y estudiar nosotros el Antiguo Testamento para aprender sobre la salvación en Cristo, especialmente ahora que

podemos leerlo a la luz del cumplimiento del Nuevo Testamento? Así que, la primera aplicación es que debemos ver a Cristo en el Antiguo Testamento.

La segunda es que los ministros, los pastores, deben predicar a Cristo desde el Antiguo Testamento. Este es el tema de Pablo cuando dice que predicaba «a Jesucristo, y a éste crucificado». Él no hablaría de nada más sino de Cristo; y en todos sus escritos vemos este mismo tema.

1 y 2 Corintios son buenos ejemplos, en sus primeros capítulos, de la necesidad de predicar sobre la persona de Cristo como el eterno Hijo de Dios, quien es el Verbo encarnado, que vino a habitar entre nosotros; la necesidad de predicar sobre su triple oficio como profeta, sacerdote y rey; de predicar sobre él, no sólo como verdadero hombre y verdadero Dios, sino sobre su obra como Salvador y Redentor, como el Libertador de su pueblo.

Tenemos que predicar al Cristo completo, y eso lo conseguimos con una Biblia completa: predicando a Cristo en el Nuevo Testamento, y, por supuesto, predicándolo también desde el Antiguo Testamento. Nuestro módulo de historia de la redención, o teología bíblica, nos ayuda a entender mejor cómo poder hacerlo.

La tercera es que necesitamos estudiar a fondo el lenguaje, los temas, las doctrinas, los símbolos, el vocabulario, los eventos, los patrones que encontramos en el Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento es rico en todo tipo de símbolos y descripciones que Dios nos da.

Necesitamos aprender a conectar, por ejemplo, cómo el Nuevo Testamento usa el Antiguo Testamento, cuando lo cita, e incluso cuando hace alusión a él. Esto abrirá ante nosotros las Escrituras en su totalidad.

Al leer un pasaje del Nuevo Testamento serás capaz de reconocer cuando está citando al Antiguo, aunque sea una alusión al vocabulario, a los eventos, a los símbolos, y serás capaz de volver a ellas para poner las piezas juntas, para encajarlas mejor, conectar los puntos, y ver una gran continuidad. Esto abrirá tu propia mente y corazón a entender mejor lo que la Biblia enseña.

La cuarta y última aplicación práctica es que deberías cantar los Salmos, y deberías cantar los Salmos hasta que su propio vocabulario acabe moldeando tu mente y corazón. Esto hacían los santos del Antiguo Testamento. Los cantaban cada día. Y también los santos y escritores del Nuevo Testamento.

Ellos también cantaban los Salmos constantemente, y eso lo puedes ver en todas partes. Por ejemplo, Jonás, en el vientre del gran pez; si vas a su libro, escucharás su oración. ¿Qué está diciendo? Está tomando a los Salmos como base; está usando sus palabras, está casi recitándolas en su oración.

Si vas al Nuevo Testamento, podrás escuchar las palabras o la oración de María. ¿Y qué encontramos? Múltiples referencias de los Salmos entretrejidas en su oración.

Puedes ir también a Hebreos 1, que es uno de los capítulos más importantes del Nuevo Testamento sobre la gloria divina del Señor Jesucristo. Es un capítulo corto, Hebreos 1; pero aquí se cita los Salmos unas 7 veces, a pesar de su brevedad, para mostrarnos la gloria de Cristo.

En las epístolas de Pablo, encontrarás todo tipo de alusiones y referencias a los Salmos por todas partes. Romanos es un buen ejemplo, si quieres estudiarlo. Pero, el punto es que necesitas cantar los Salmos.

Necesitas memorizarlos. Necesitas meditar en ellos, para retenerlos en la mente y en el corazón, y así ser capaz de entender toda la Biblia en su conjunto, porque los Salmos son, en sí mismos, una pequeña Biblia. Así los llamaba Lutero, una Biblia en miniatura. Aprender los Salmos es un paso, o un medio, para ser capaces de aprender toda la Biblia.

Bueno, en esta lección hemos visto la continuidad de las Escrituras, considerando que la Biblia presenta un consistente mensaje unificado en un único libro indivisible. Necesitamos toda la Biblia para toda nuestra manera de pensar y de vivir. Con esto concluimos nuestro primer módulo de teología sistemática. Lo hemos cubierto a lo largo de estas diez lecciones.

En el segundo módulo de teología sistemática, centraremos nuestra atención a una serie de lecciones sobre la doctrina de Dios, que responde a la pregunta: «¿Quién es el Dios trino de la Biblia?». En su conjunto, la doctrina de las Escrituras y la doctrina de Dios, nos dan los principios fundamentales para todo lo demás que necesitaremos en nuestro estudio de teología sistemática.